

"fue profunda la sensación que produjo dentro y fuera de México la terrible tragedia.... En los E. Unidos hasta los periódicos más afectos hasta entonces a la causa de D. Benito Juárez, no pudieron menos que censurar severamente el hecho, exhortando al gobierno de Washington a intervenir para que la tierra americana no se manchara con tan sangrientas hecatombes".

**SALEDA DEL EJERCITO FRANCES.**— El 5 de febrero comenzaron a salir las últimas fuerzas francesas que aún quedaban en la capital, después de haber destruído todo lo que les pertenecía y no era posible llevarse.

Desde muy temprano se quitó la bandera francesa que flotaba en el palacio de Buenavista. Mucha gente se apresuró a contemplar la salida. Ni un viva, ni una sola demostración de aprecio hubo para esas tropas que, venidas para crear un imperio, se volvían dejando al país en la anarquía y en la pobreza. "En todo ese pueblo, dice Masseras, ni un solo rostro que no dijese al mariscal con qué abrumante unanimidad el juicio público le hacía responsable de las esperanzas burladas y de la situación que dejaba tras de sí. Este juicio debía serle tanto más cruel, cuanto que no podía ignorar que el ejército en gran parte se asociaba a él".

En cuanto al soldado francés, preciso es hacer justicia a su mérito: mostró en todas partes su proverbial valor; atravesó inmensos desiertos soportando las fatigas con admirable fortaleza, y no escaseó jamás su sangre en los combates.

"Sin perder la esperanza de que Maximiliano, al palpar la realidad de una situación insostenible, se resolviese a abandonar el país, Bazaine emprendió lentamente su marcha hacia Veracruz con objeto de facilitar la retirada del Archiduque en caso que se decidiese a romper las redes en que le tenían cogido los conservadores, y adoptase el único camino que le aconsejaba la prudencia. Cinco días estuvo el Mariscal en Puebla; allí supo la derrota de Miramón, y con este motivo escribió a Maximiliano invitándole a que saliese de México, y diciéndole al mismo tiempo que quedaba el Gen. Castagny para protegerle". (Vigil, 317)

El embarque de las tropas terminó el 11 de marzo, cuando ya el Archiduque se hallaba en Querétaro.

**MAXIMILIANO SALE PARA QUERETARO.**— El Gen. Miramón llegó a Querétaro el 8 de febrero en unión del Gen. S. del Castillo, y allí encontró al Gen. Mejía.

En Querétaro, varias personas alicias a Miramón, le aconsejaron que desconociese a Maximiliano y se proclamase jefe supremo de la Nación. "Ruego a Uds., si me aprecian, hijo, que no vuelvan-

a tocar ese punto: tengo empeñada mi palabra de luchar en defensa del Imperio y mi promesa de caballero está por encima de cuanto pudiera propornérseme".

El 13 de febrero salió Maximiliano de la capital, escoltado por las fuerzas de Márquez, y llegó a Querétaro el día 19.

El 21 llegó el Gen. Ramón Méndez, procedente de Michoacán, después de haber evacuado la ciudad de Morelia.

La organización de las tropas de Querétaro, unos 9000 hombres, se hizo de la manera siguiente: Maximiliano, general en jefe; — Márquez, cuartelmaestre general; Miramón, general en jefe del cuerpo de infantería; Mejía, general en jefe del cuerpo de caballería; Ramírez de Arellano, comandante general de artillería y Méndez, jefe de la brigada de reserva.

El Gen. Escobedo con sus 10.000 hombres del ejército del Norte se dirigió sobre Querétaro por el camino de San Luis Potosí, y el Gen. Corona, con 7.000 hombres del ejército de Occidente y del Centro, iba por Acámbaro. La salvación del Imperio hubiera consistido en impedir la reunión de esos dos generales, cosa que habría sido posible, pues siendo las fuerzas republicanas inferiores en equipo, disciplina y hasta en número, hubieran podido ser vencidas si se les atacaba separadamente.

Se tuvo un consejo de guerra y Márquez opinó salir al encuentro de los republicanos y batirlos en detail, sin darles tiempo de reunirse las de Escobedo con las de Corona; pero, no teniendo fuerzas para dejar guarnecida la ciudad que se quería conservar a todo trance, se aplazó la salida hasta que llegara Olvera de la Sierra.

Las marchas de Escobedo y Corona, que se unieron en Chamacuro a principios de marzo, hacían la ofensiva difícil desde el 4 de marzo en que Corona dejó Celaya, e imposible desde el día 7.

El 16 de marzo quedó establecida la circunvalación por 21000 republicanos, que pronto llegaron a 30.000 con 74 piezas de artillería.

**ACCIONES MAS NOTABLES DURANTE EL SITIO .—** El día 14, marzo, MISION DE MARQUEZ los republicanos atacaron el con-

vento de la Cruz, en donde estaba establecido el cuartel general, pero fueron rechazados con grandes pérdidas después de ocho horas de combate.

El día 17 Miramón atacó los cerros de San Pablo y de San Gregorio, aunque no logró completa victoria, pues recibió orden de Maximiliano de replegarse a la plaza, porque no había podido —

mandar reforzarlo con la brigada Méndez, porque el punto de la Cruz había sido nuevamente atacado. En estas acciones se distinguieron Miramón, Mejía y el príncipe Félix de Salm Salm.

Viendo el Emperador la necesidad imprescindible de proporcionarse tropas y dinero, envió a Márquez al frente de 1200 hombres de caballería, acompañado de Vidaurri, para recoger la guarnición de la capital, regresar violentamente, atacar por la retaguardia al enemigo y así facilitar la salida de los sitiados. Las cosas habían llegado al punto de no hablarse ya más que de salvar las personas. Márquez salió a media noche del día 22 de marzo y al salir le dijo Maximiliano: "General, no se olvide Ud. que el Imperio se encuentra hoy en Querétaro", a lo que contestó Márquez: "Dentro de quince días estaré de vuelta".

Los combates parciales entre sitiados y sitiadores se hacían cada día más numerosos y sangrientos.

El día 22 los sitiados hicieron una salida al rancho de San Juanico y lograron hacerse de seis carros de víveres. El 6 de abril hizo Miramón otra atrevida salida y pudo quitar al enemigo muchas provisiones y varias piezas de artillería, aunque no consiguió introducir las a la plaza porque fue atacado por el Cor. Loria. Pero, entre todas las acciones, la más reñida fue la del cerro del Cimatario. El ataque fue el día 27 de abril, con un arrojó verdaderamente temerario. Miramón derrotó a los republicanos, les hizo gran cantidad de muertos y heridos, les quitó 22 cañones, numerosos fusiles y más de 500 prisioneros. Mientras el Archiduque felicitaba a Miramón por aquel brillante hecho de armas, llegó el jefe que conducía los carros, diciendo que la caballería enemiga había destrozado su fuerza y le había arrebatado el botín. El Archiduque ordenó un contraataque, pero Corona ocurrió oportunamente y lo rechazó. En eso llegaron los generales Naranjo, Guadarrama y Tolentino con cerca de 3000 iragones que acababan de batir en el Jacal a los imperialistas que habían vencido al Gen. Márquez de León. Terrible fue el combate que se empeñó. Miramón vio que era imposible seguir luchando y mandó tocar retirada. Eran las once de la mañana cuando concluyó. Fue el episodio más sangriento del sitio. Los republicanos perdieron más de 450 hombres entre muertos, heridos y dispersos. También tuvieron sus pérdidas los imperialistas, que vieron cambiar su efímera victoria en derrota sangrienta.

**TOMA DE PUEBLA.**— El Gen. Márquez llegó a la capital el 27 de marzo. El día 30 recibió noticia del Gen. Manuel Noriega, que se hallaba en Puebla, que la ciudad iba a ser atacada y que acudiera a prestarle ayuda. Pensando que si f.

Díaz vencía y tomaba esa ciudad, no habría ya manera de defender a la capital mientras que si él lo atacaba y lo vencía, tendría un numeroso ejército para ir en auxilio de Querétaro y defenderse del Gen. Guadarrama que Escobedo había enviado en su contra con 4.000 jinetes, resolvió acceder a la petición del Gen. Noriega.

El Gen. Díaz, temiendo que llegase a tiempo el refuerzo que llevaba Márquez a la ciudad de Puebla, le dio un vigoroso asalto el 2 de abril y logró tomar esa plaza derrotando al Gen. Noriega, después de una heroica defensa que hicieron los imperialistas.

Márquez emprendió la retirada hacia la capital. En la hacienda de San Lorenzo fue tiroteado por las fuerzas del Cor. Lalame, y tuvo que combatirse nuevamente entre el citado punto y Calpulalpan, pudiendo, al fin, llegar a la capital por el camino de Texcoco.

Márquez vióse obligado a encerrarse en México y a partir del 12 de abril comenzó el sitio organizado por el Gen. Díaz.

Márquez había querido salvarlo todo y no había conseguido salvar nada.

Mientras tanto la situación de los sitiados en Querétaro empeoraba de día en día, y las esperanzas de ver llegar a Márquez con los refuerzos pedidos se iban perdiendo. Vigías colocados en las torres de los templos observaban los caminos, pero nada veían. Los diversos correos salidos de la plaza al encuentro de Márquez, aparecían al día siguiente en la trinchera enemiga, colgados de un alto palo y con un enorme letrero en que se leía: "Correo del Emperador".

**ULTIMOS ACONTECIMIENTOS.**— El día 14 de mayo los generales decidieron romper el sitio dejando inutilizada la artillería y trenes antes de salir. Su única esperanza era la sierra, cuya entrada estaba próxima a Querétaro y que pertenecía toda, en cuerpo y alma, al Gen. Mejía. La salida debía efectuarse a las tres de la madrugada del día 15 y todos los preparativos estaban ya hechos.

El Cor. Miguel López entregó el punto de la Cruz, después de haber tenido una conferencia con el Gen. Escobedo.

El Gen. Francisco Velez tomó el punto. El Emperador con el príncipe de Salm Salm y algunos oficiales salieron del convento, atravesaron la plaza de la Cruz y se dirigieron al cerro de las Campanas. Los liberales comenzaron a hacer fuego, dirigiendo sus tiros a ese cerro. Maximiliano preguntó a Mejía si no sería posible romper el cerco, a lo cual le respondió: "Señor, pasar es imposible; pero si V. M. lo ordena, trataremos de hacerla, porque

en cuanto a mí estoy dispuesto a morir".

No pudiendo defenderse los imperialistas, enarbolaron la bandera blanca. El Gen. Corona se presentó y Maximiliano se entregó por preso. Al rendirse, Maximiliano díjole a Corona: "Los individuos que me acompañan no tienen otra responsabilidad que la que les impone el haber seguido mi suerte; deseo que no reciban daño alguno: si hay necesidad de una víctima, yo quiero ser esa, y que mi sangre sea la última que se derrame en este país".

Maximiliano fue llevado preso al convento de la Cruz. Allí habló con Escobedo y le entregó su espada. Mejía estaba ya preso, pero las pesquisas para dar con Miramón y Méndez habían sido infructuosas.

Uno que había visto a Miramón entrar en la casa del Dr. Licea, para curarse por estar herido, lo denunció. En cuanto al Gen. R. Méndez, también fue delatado su escondite, de donde fue sacado. Conducido ante Escobedo, sólo pidió que se le permitiera despedirse de Maximiliano antes de ser fusilado, y se le concedió. Llegado a la presencia del Emperador. éste le dijo: "Vá Ud. a la vanguardia, general; pronto seguiremos el mismo camino! Algunas horas después moría, el 19 de mayo, tan bravamente como había siempre peleado en vida.

Consultado el gobierno que se había establecido en San Luis qué debía hacerse con los presos, contestó que debía juzgárseles conforme a la ley del 25 de enero de 1862.

Maximiliano nombró como defensores a los Lics. Rafael Martínez de la Torre, Mariano Riva Palacio y Fulalio Ortega, que llegaron a Querétaro en la noche del 4 al 5 de junio. Mientras, en vista de la tardanza de los defensores en llegar, había nombrado el Archiduque al Lic. José María Vázquez, de esa ciudad, para que comenzara la defensa. Después Riva Palacio y Martínez salieron para San Luis a lo gubernativo del negocio, y Ortega con Vázquez se quedaron en Querétaro a lo judicial.

La princesa de Salm Salm, en su afán de salvar al Emperador y previendo que los medios legales no llegarían a dar la libertad a Maximiliano, se empeñó en procurar la evasión del ilustre prisionero. Con ese fin había ofrecido fuertes sumas de dinero a los coroneles encargados de la guardia, para que, una vez con sumada la evasión, pusieran ellos a su vez dirigirse a Europa. Sin embargo, interesándose por la suerte de sus generales, el Archiduque decía que si no se podían salvar Miramón y Mejía, él tampoco se fugaría. La guardia, que parecía ya ganada, fue relevada de una manera imprevista y en su totalidad, perdiéndose con esto toda esperanza de salvarle por este medio.

El día 13 de junio se reunió el Consejo de Guerra en el teatro Iturbide. Maximiliano no pudo asistir por estar enfermo; pero sí asistieron Miramón y Mejía. Presidía el Jurado el Teniente Cor. Platón Sánchez y lo completaban seis capitanes, en calidad de vocales.

A las once el fiscal Manuel Aspiroz comenzó la lectura de la acusación, después de lo cual leyeron sus defensas los abogados de los acusados.

Por la tarde de ese mismo día 13, el citado fiscal Aspiroz se presentaba en el convento de las Teresitas, adonde había sido llevado Maximiliano, a notificarle que se le había sentenciado a muerte.

La sentencia fue ratificada por el general en jefe, Mariano Escobedo, y se designó el día 16, a las tres de la tarde, para la ejecución.

En vista de esto, Riva Palacio y Martínez de la Torre, en unión del Barón de Magnus, ministro de Prusia, se presentaron ante Juárez, pidiendo el indulto del Archiduque. Lo único que obtuvieron fue que se suspendiera la ejecución por tres días, concediendo este tiempo a los sentenciados para que pudieran arreglar sus asuntos de familia.

Buen número de personas de Querétaro y de San Luis pidieron también al gobierno que se indultara a los sentenciados, pero no obtuvieron mejor resultado que los defensores y el ministro de Prusia. La princesa de Salm Salm, que de rodillas intercedió ante Juárez por la salvación del Emperador, nada logró en su favor.

"Seward ofició por telegrama a Campbell haciéndole la recomendación de que inmediatamente comunique a Juárez el interés que toman los E. Unidos en el caso, para que se trate a Maximiliano y a sus compañeros con la humanidad que las naciones civilizadas acuerdan a los prisioneros de guerra. Teme que se depare una suerte semejante a los prisioneros de Zacatecas. Tal severidad, dice, deshonraría la causa nacional de México y al sistema-republicano de todo el mundo".

LA EJECUCION.— El día 19 de junio fueron conducidos en coche

los tres prisioneros al cerro de las Campanas. Maximiliano, conservando su serenidad hasta el último instante, en señal de aprecio a Miramón, le dijo: "General, un valiente debe ser admirado hasta por los monarcas. Antes de morir quiero ceder el lugar de honor"; y le hizo colocar en el centro. Dirigiéndose luego al Gen. Mejía, le dijo: "General, lo que no se premia en la tierra, lo premia Dios en la gloria". Luego, adelantándose unos pasos y en voz alta dijo: "Que mi sangre selle las

desgracias de mi nueva patria! Viva México!"

Miramón, con voz clara y firme, dijo: "...protesto contra la nota de traición que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de ese crimen, y perdono a los que me lo imputan.... Viva México!"

Mejía nada dijo.

Después de esto, Miramón se colocó en medio, Maximiliano a su izquierda y Mejía a la derecha.

A las siete y cinco minutos de la mañana del día 19 de junio los tres habían acabado de existir. Hacía poco más de tres años que Maximiliano había llegado a México. El segundo Imperio había resultado casi tan efímero como el primero, y la suerte del segundo Emperador de México no había sido más afortunada que la del primero, el libertador Iturbide.

Los cadáveres de Miramón y Mejía fueron entregados a sus respectivas esposas. El del Emperador fue llevado al convento de las Capuchinas, en donde los médicos lo embalsamaron, encerrándolo después en un ataúd de cinc que fue colocado en un lugar digno, hasta que la familia real de Austria lo reclamase.

El 25 de agosto -1867- llegó a Veracruz el Vice-almirante Tegethoff en la fragata Novara y pidió al ministro de Relaciones Sebastián Lerdo de Tejada, el cadáver del infortunado Archiduque. Como su misión era puramente confidencial, el gobierno mexicano no se lo concedió, diciendo que sólo se le entregaría cuando de una manera oficial lo pidiera el gobierno de Austria o la familia del finado.

Habiéndose cumplido este requisito, el 12 de noviembre del mismo año 1867, los restos fueron recogidos del hospital San Andrés de México y llevados a Veracruz en donde el 25 del citado mes los recibió oficialmente el Vice-almirante Tegethoff.

En la misma fragata Novara, que empavesada había llegado a Veracruz tres y medio años antes para dejar a los jóvenes Soberanos llenos de esperanzas e ilusiones, se llevaba ahora el cadáver de uno de ellos, para ser depositado en la cripta de Capuchinos de Viena, última morada de los miembros de la casa imperial de Hapsburgo.

TOMA DE LA CAPITAL.- Márquez había seguido defendiéndose en la capital resistiendo el sitio. Tan luego como tuvo conocimiento de la caída de Querétaro y del giro que tomaban los acontecimientos, pasó el mando de la tropa al Gen. Tavera el 19 de junio y se ocultó, como lo hicieron los generales Vilaurri, O'Horán y Ramírez de Arellano, lo mismo que el presidente del Consejo, José María Lacunza. El Gen. Tabera envió unos comisionados a F. Díaz para arreglar una capitulación y el día 21 las fuerzas republicanas hicieron su entrada a la capital. El Gen. Díaz publicó un decreto ordenando que todos los que hubiesen desempeñado algún empleo o comisión sirviendo al Imperio, se presentasen so pena de ser pasados por las armas. El Gen. Vidaurri no se presentó, como tampoco se presentaron las otras tres personas, anteriormente citadas.

El escondite del Gen. Vilaurri fue descubierto el 8 de julio y se le pasó por las armas. Igual suerte tuvo el Gen. Tomás O'Horán, que fue fusilado el 22 de agosto de ese año, 1867, cuando ya Juárez había establecido su gobierno en México. Muchas personas se interesaron por la suerte de este general, pero Juárez se mostró inflexible.

En cuanto al Gen. Márquez logró ponerse en salvo y salir del país.

Antes de que se verificasen las ejecuciones de que se acaba de hablar, la plaza de Veracruz había sido ocupada por las fuerzas republicanas.

#### Actitud de los Estados Unidos durante el segundo Imperio.

El Gen. Ph. H. Sheridan dice: "...que su ejército apoyaba, estimulaba y proveía con abundancia de armas y bastimentos a los liberales mexicanos, dejando a conveniente distancia junto al río y del lado americano dichas armas y municiones para que cayesen en manos de los liberales y así éstos pudiesen hacer pie en sólidas bases...."

Algunas páginas después narra cómo el Cor. Sedgwick tomó posesión de Matamoros para apresar a González Ortega y entregarlo a Juárez por conducto de Escobedo.

Agrega que "durante esta primavera e invierno (1866) de sólo el arsenal de Baton Rouge les mandamos 30.000 fusiles".

"Al terminar nuestra guerra (del Norte contra el Sur) había pocas esperanzas de salvación para los republicanos de México, en realidad hasta que nuestras tropas se concentraron a orillas del Río Grande, no tenían ninguna esperanza. El presentarnos en